

Insuficiencias en la percepción de los problemas ambientales.

Por: Juan Manuel Aguilar de la Peña.

Si bien es cierto que los poblanos estamos inmersos en una crisis ambiental, también lo es el que no todos nos damos cuenta de ello. Algunos ciudadanos podrían ya estar sufriendo y pagando los estragos de ciertas complicaciones en su salud, su economía o su bienestar, pero no aciertan a explicarse las causas reales de su adversa situación y por ello frecuentemente orientan sus reacciones en sentido distinto al de su adecuado manejo.

Por otra parte las autoridades municipales y estatales poblanas si bien conocen la existencia de instrumentos normativos para la prevención y atención de los problemas ambientales, tampoco aciertan a explicarse las causas de los problemas y su potencial de crecimiento, a juzgar por el rezago del desempeño ambiental existente en todo el estado.

Ciertamente no es fácil percibir un problema ambiental pues comúnmente estos requieren de cierto nivel de magnitud, o de cierto nivel de daño asociado a su presencia, o del potencial de alarma que genera en la comunidad. Dicho en otras palabras, sólo nos damos cuenta del problema cuando lo tenemos encima y es el momento en que reaccionamos con una demanda de intervención del gobierno porque hemos sido rebasados; pero en tanto no hayamos percibido el efecto de los impactos ambientales sobre nuestra salud, nuestra economía o nuestro bienestar, esos problemas pasan a segundo nivel en la jerarquía de necesidades.

Para los especialistas ambientales no sería difícil identificar en cada municipio poblano el tipo de problema ambiental que les aqueja. En algunos sería la degradación del suelo agrícola, otros estarían padeciendo los efectos erosivos o procesos de desertificación por la pérdida de bosques, o de biodiversidad, o por el agotamiento de ciertos recursos naturales, o por la falta de disponibilidad de agua de calidad, o por los efectos del cambio climático, o por la contaminación de residuos inadecuadamente manejados, o por los niveles de contaminación del aire, o por los efectos sinérgicos y/o acumulativos de la presencia simultánea de ellos.

Todos estos escenarios y otros más cuya enunciación se llevaría el espacio de esta reflexión, están estrechamente vinculados con nuestra forma de relacionarnos con la naturaleza. Esto no debe asustarnos porque la vida humana en nuestro planeta depende de procesos de aprovechamiento de los recursos naturales y de generación de residuos de todo tipo. Lo serio del asunto está en que los ritmos de la producción humana en la mayor parte del planeta, es sensiblemente superior a la capacidad de la naturaleza para recuperarse.

La realidad es que no existe homogeneidad en la percepción social de los problemas ambientales. Según el Dr. José Luis Lezama (*), investigador de El Colegio de México, el tránsito del riesgo físico al riesgo socialmente reconocido o aceptado, está determinado por las normas sociales, los símbolos sociales, la ideología y el poder. Es decir, no basta que el riesgo esté allí esperando ser percibido por la sociedad, si no hay capacidad con voluntad social y política para verlo, pues de otra forma las cosas habrán de transitar con neutralidad, ignorancia o indiferencia, hasta que el

riesgo alcanza las dimensiones para poder ser socialmente percibido, cuando el potencial de daño descubre las dimensiones de la vulnerabilidad ambiental de la sociedad y sus instituciones.

En el estado de Puebla estamos viviendo una crisis ambiental que no quiere ser percibida por quien debiera estar interesado en conocer su dimensión actual y sus tendencias: me refiero al gobierno estatal. Los problemas ambientales concretos de cada localidad en cada municipio pueden trascender y están trascendiendo a regiones dentro del territorio poblano, dada la complejidad de los procesos naturales y humanos en juego. Sin embargo la actitud asumida por las autoridades estatales principalmente, ha sido omisa en términos de incluir la variable ambiental en todas sus iniciativas, planes y programas de acción.

A nivel ciudadano, es imperativo para los poblanos que la educación ambiental sea materia tan básica como lo son las matemáticas o la geografía, pues de otra manera no tendremos elementos para percibir oportunamente los daños al medio ambiente y prevenir así las consecuencias que ello implica para el desarrollo social y el bienestar de cada familia en el futuro. Permítame respetable lector, la analogía de esta necesidad de conocimientos, con enseñar a nadar a los jóvenes.

Sólo como dato: Es inaceptable, pero hoy en el año 2013 la mayor parte de las universidades de Puebla incluida la de mayor presupuesto en el estado, permiten que sus egresados de carreras no vinculadas con la biología, ingresen al mercado laboral sin la menor idea de lo que es el ambiente, sus componentes, sus relaciones, sus efectos, sus riesgos y consecuencias. Vaya pues, ni siquiera en las instituciones poblanas de educación superior –salvo un par de ellas-, perciben que sus egresados no saben percibir daños y/o conflictos ambientales. Esto no ayuda en nada a la sustentabilidad del desarrollo poblano.

Así tenemos que en Puebla las autoridades, las instituciones de educación superior y el grueso de la ciudadanía, tienen diferente apreciación de valores para estimar las consecuencias de un problema o conflicto ambiental. Cada instancia tiene escalas diferentes que representan diferentes niveles de incertidumbre; es decir, lo que es inquietante para unos puede ser angustioso para otros o puede ser pasado por alto por otros más.

En resumen, mientras existan humanos sobre la tierra seguiremos presionando a la naturaleza con los efectos de nuestros procesos de desarrollo y en ese contexto los escenarios de conflicto ambiental habrán de seguirse presentando. Esto no tiene remedio. Lo que sí tiene remedio es la moderación de los impactos sobre el medio físico natural y la prevención de condiciones de conflicto o crisis, antes de que se conviertan por las dimensiones de su presencia o costo de su remediación, en precursores de irreparables desequilibrios sociales y políticos. Esto es responsabilidad del estado, pero no lo está haciendo.

(*) Lezama, J.L. La construcción social y política del medio ambiente. El Colegio de México. 2004.